

Parroquia de Santa María.

Esta iglesia fué fundada el año de 1524 por fray Pedro de Gante, y la administraron los franciscanos como parroquia de indios, hasta que en virtud de una cédula real, dirigió el virey D. Francisco de Güemes y Horcasitas un oficio al Arzobispo D. Manuel Rubio y Salinas, para que eligiera clérigo idóneo que desempeñara el curato. En consecuencia, para obedecer lo dispuesto, el provisor D. Francisco Jimenez Caso, acompañado del alcalde de Corte, pasó á la parroquia de Santa María el 26 de Junio de 1753, é hizo saber al padre guardian y religiosos la determinación del virey, que obedecieron, y desde entónces esa parroquia continúa administrada por clérigos.

La iglesia está situada de Poniente á Oriente, á aquel viento el altar mayor; por el lado del Norte tiene otros tres, incluso el Sagrario y por el Sur el mismo número, el ciprés del presbiterio es de una figura rara y especial á manera de rotunda y tiene alguna belleza. Administran la parroquia un cura y un vicario; los límites de la feligresía son: por el Sur desde la acequia de los puentes del Zacate y la Misericordia, hasta el del Clérigo por el Oriente, continuado al Norte desde dicho puente por la acequia del de las Tres Guerras, hasta las colonias y la parte despoblada que se encuentra al Poniente.

En el año de 1569 hubo un encuentro entre los clérigos y los franciscanos el día de la Asunción, con motivo de la misa que se había de celebrar en Santa María la Redonda, parroquia de uno de los cuatro barrios principales de México, perteneciente á la doctrina de San José. Todas los años iban los franciscanos en procesion á aquella iglesia ó ermita, se cantaba misa solemne y se predicaba; pero en esa vez los clérigos quisieron impedir el acto porque pretendian que pasara á ellos la administracion de la ermita. Propusieron estorbar que la procesion se verificara segun la costumbre; iba el guardian fray Melchor de Benavente revestido, acompañándole los diáconos y el famoso fray Pedro de Gante. Salió la procesion del patio de San Francisco acompañada de muchos indígenas y algunos españoles; pero oponiéndose los clérigos, en la mitad de la calle, al pasar la acequia que la dividia, detuvieron las andas que iban delante del preste, diciéndole que adonde iba con aquella solemnidad, que se detuviera y volviera á su casa; en favor del preste acudió el Doctor Sandi, alcalde de Corte de la Real Audiencia. Los franciscanos insistieron en pasar, protestando y requiriendo á los clérigos para que no fueran causa de algun motin; uno contestó dando tal empujon al preste, que lo hizo irse de espaldas y habria caido si no lo detiene fray Pedro de Gante. Al ver lo que pasaba se atumultuaron los indios, se reunieron muchos mas y dirigiéndose á los clérigos les decian que dejaran pasar la procesion, pero los clérigos no oian razones y continuaban empujando y deteniendo la comitiva en su marcha; entónces los in-

dígenas recogieron piedras para arrojarlas sobre los agresores que eran muchos é iban preparados para cualquier trance; las piedras llovian sobre éstos en crecido número; los castellanos, poniendo mano en las espadas, se apresuraron á defender á los clérigos y el alcalde Sandi quiso interponer sus oficios; pero ni los unos ni el otro lograron contener á los indios y solamente se calmó el motin con la fuga de los clérigos; el alcalde se libró arrojándose en la acequia de la que salió muy mojado; hubo muchos lastimados y los indios quitaron las espadas á dos españoles, la voz de los frailes no bastaba para detener el ardor y entusiasmo de los indios y hasta las mugeres arrojaban puños de tierra á clérigos y seculares; entónces el guardian creyó conveniente no pasar adelante, sino que regresó y dijo la misa en la iglesia de San José.

Llegado todo á oídos del virey D. Martin Enriquez, comenzaron á prender á los que iban en la procesion, entre ellos los cuatro alcaldes; pero acabó el asunto por no tratarse mas de él. En los siguientes años volvieron á salir los frailes en procesion yendo á Santa María á decir misa el día de la Asunción.

La fiesta de Santa María ha decaido mucho, ántes era enteramente igual á la de los Angeles. La procesion recorria muchas calles bajo tendidos de pañuelos y entre la lluvia de décimas impresas en papel de diversos colores; amenizaban la fiesta los fuegos artificiales, la abundancia de fruta, los muchos figones improvisados en que habia mole de guajolote y pulque colorado; la procesion se verificaba á las doce del día bajo un sol abrasador y en la tarde continuaba el entusiasmo acabando en la noche con bailes, la gran fiesta que aun extrañan los vecinos de aquel barrio, aunque la de los Angeles, que todavia se verifica muy ruidosa, los compensa de la falta lamentada.

EL PANTEON DE SANTA PAULA.

Desde épocas lejanas fué mal recibida la práctica de sepultar los cadáveres dentro de las poblaciones y de los templos, con perjuicio de la salubridad pública; pero solamente se consiguió que los cadáveres sacados de los hospitales y otros de pobres, fueran enterrados en sitios algo distantes del centro de la poblacion; los gobiernos disimularon la trasgresion de las prescripciones higiénicas, hasta que en 1842, órdenes terminantes arreglaron el establecimiento de cementerios en la capital y en los Estados. El panteon de Santa Paula, en el verdadero sentido de la palabra, fué construido despues que los de San Fernando y San Diego. Ese panteon, situado en el mismo lugar donde ántes estaba el campo santo de Santa María la Redonda, fué uno de los de mas nombradía en esta capital.

Establecido el cementerio de Santa Paula por el Arzobispo D. Alonso Núñez de Haro y Peralta, fué propiedad del hospital de San Andrés para que allí se enterrara á los infelices que fallecieran en el establecimiento. Entónces era simple-

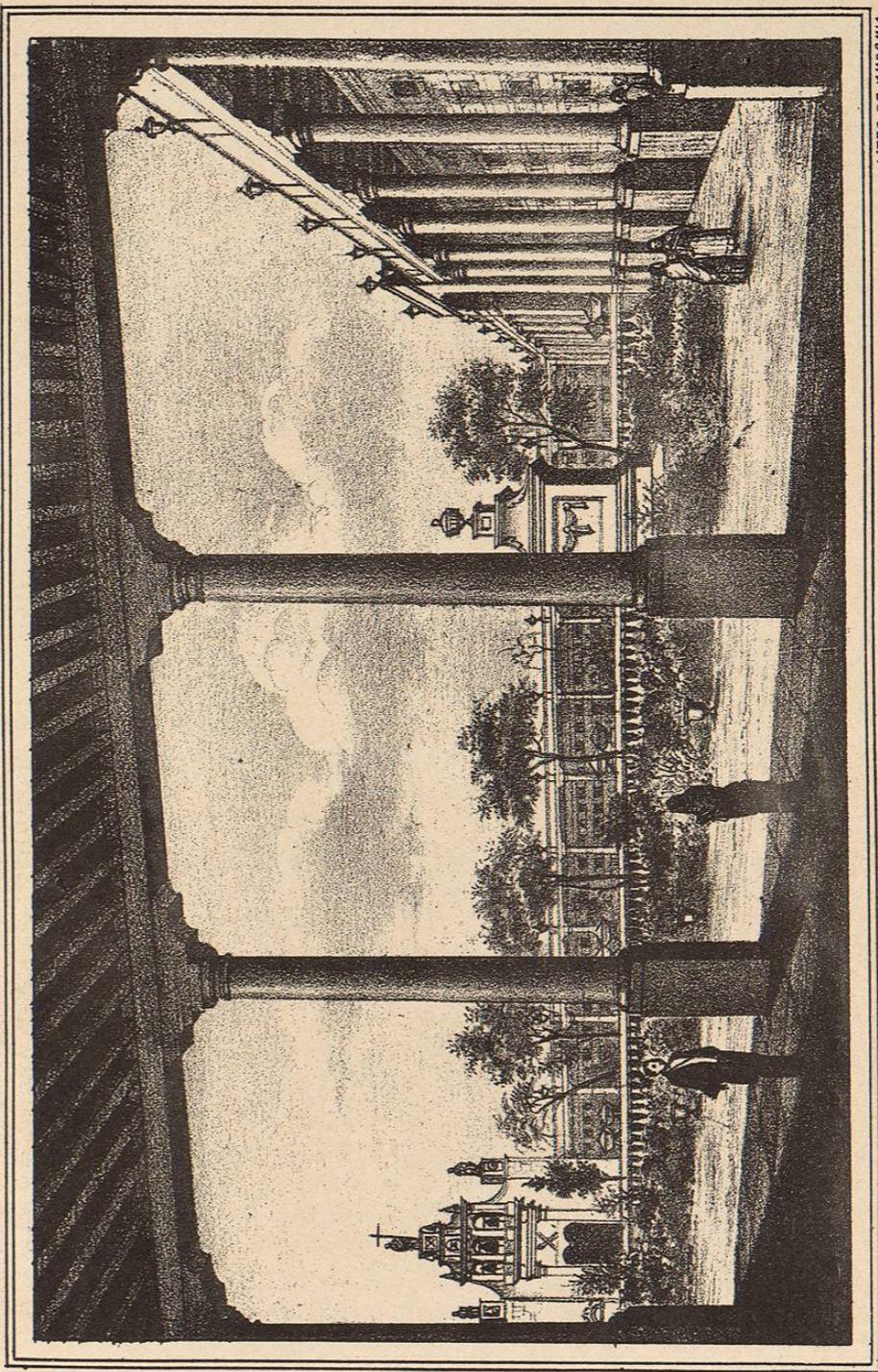
mente un campo rodeado de muro, con una pequeña capilla para los sufragios que se quisieran hacer por los difuntos; la yerba crecía sobre los sepulcros abandonados y si algunas personas notables elegían aquel campo para última morada, era para mostrar humildad. Hasta 1836 fué declarado cementerio general con el título de Santa Paula, poniéndose de acuerdo el Ayuntamiento y el vicario capitular; comenzó á servir al público el 19 de Noviembre de aquel año y se ejecutaron algunas obras para hacer el lugar propio para su destino y digno de la capital, queriendo formar un panteon; las obras empezaron en Marzo de 1837 y siendo vasto el proyecto no se terminaron.

Ya desde el siglo pasado se habia dedicado solemnemente el cementerio ó campo santo de Santa Paula con la capilla situada en su centro, para servir al hospital de San Andrés; el paraje escogido para ese campo santo se llamaba de Santa Paula y estaba fuera de la acequia madre y de poblado; la mañana del 25 de Febrero de 1786 se dirigió á ese sitio su Illma. acompañado de varios canónigos, y en la puerta lo esperaban con cruz, ciriales y acetre, el examinador del Arzobispado, D. Juan Rodríguez Gallardo, el rector de la Universidad y el cura de Santa María la Redonda, sus vicarios y otros muchos sacerdotes; el Señor Arzobispo revestido de medio pontifical asistido por varios eclesiásticos con capas pluviales, bendijo solemnemente la capilla y despues el cementerio, con arreglo á lo dispuesto por el pontifical romano; despues de la bendicion cantó la misa solemne el capellan D. Isidoro J. Blanco. Á esta funcion asistieron porcion de personas distinguidas y gran número de individuos del pueblo.

La capilla fué titulada del Salvador, tuvo de largo diez y seis varas y ocho de ancho con igual número de alto; adornábanla un retablo y mesa de altar para decir misa; se habian hecho treinta y cinco sepulturas por si algunas personas pudientes tenian la humildad de mandarse enterrar en ellas. El cementerio midió al principio doscientas setenta varas de largo y ciento cuarenta y una de ancho, dimensiones que despues crecieron considerablemente; sus paredes eran de cal y canto, de cinco varas de altura y se construyeron dos habitaciones para los sepulcros. Con la campana que estaba en la capilla era llamado el vicario de la parroquia de Santa María, cada vez que llevaba el carro cadáveres del hospital, siendo de notar que esos cadáveres eran conducidos solamente por la noche; á la luz de las lanternas verificábanse las exequias en la forma debida y al oír el toque de la campana, todos hacian sufragios por aquellos á quienes se les tributaban las últimas ceremonias.

El panteon de Santa Paula ocupaba una superficie de treinta y siete mil quinientas varas cuadradas, su forma era la de un paralelógramo, cuyos dos lados mayores están de Oriente á Poniente; tenia dos entradas, la principal hácia el Oriente y la otra en el costado del Sur. La compra del terreno y la construccion de la capilla, costaron cerca de quince mil pesos, pagados por el Señor Arzobispo. Ese panteon, llamado tambien campo de San Andrés, fué el mas ámplio de la capital durante muchos años, y no ha acabado de ser destruido sino hasta el año pasado

México Pintoresco. — Tomo II.



LITOG. DE MURBUJA.

Panteon de Santa Paula. — Establecida en 1784 y cerrada en 1871.

de 1881, aunque no se enterraba allí hacia diez años, con motivo de la aplicación de las leyes de reforma.

La construcción de los nichos se extendía en gran parte del perímetro, pero quedaba un lado en que nada se había formado. Los nichos ó sepulcros estaban colocados en tres órdenes horizontales debajo de un portal techado de vigas y sostenido por columnas de cantería, formando un tránsito para que el sitio pudiera visitarse con comodidad; el número de nichos llegó á mil seiscientos sesenta y cinco; en Junio de 1858 quedó casi destruido el panteon, á consecuencia del temblor. En un grande osario eran encerrados los restos extraídos de los nichos arrendados.

Una de las ocasiones en que sirvió mucho aquel panteon, fué en la invasión del cólera el año de 1850, cuya epidemia duró en la capital setenta y nueve dias, desde el 17 de Mayo al 2 de Agosto; hubo quince mil trescientos treinta casos y fallecieron siete mil seiscientos de los atacados, siendo por término medio noventa y ocho los fallecimientos diarios en ciento noventa y nueve casos que acontecian poco mas ó ménos. El cólera comenzó por cinco casos, ascendió hasta seiscientos treinta y uno en el trigésimo segundo dia y en el último se dieron otros cuatro. Á esa epidemia no se le puede señalar con exactitud el dia en que comenzara, pues desde el 28 de Abril se enfermó de ella en la calle de Venero, una bodegonera llamada Luz García, otro individuo murió de cólera en el hospital de San Andrés el 2 de Mayo, al dia siguiente fué atacada en la misma calle de Venero Josefa Huidobro y el dia 4 en la calle de la Buena Muerte Antonio Tovar; se siguieron otros muchos casos, siendo de notar que la epidemia comenzó á desarrollarse por el Oriente de la capital; del 10 al 30 de Junio llegaron á morir diariamente doscientas personas, y el 24 de ese mes, dia de mayor mortandad, fallecieron doscientas noventa y ocho.

Para enterrar tanto cadáver, se abrian anchas fosas que en la noche eran cerradas, dejando en el interior la multitud de cadáveres, además de los que eran depositados en las gabetas y sepulcros situados en el gran patio. Cuando fué destruido el panteon, se temió que aun quedaran miasmas y que la terrible epidemia del cólera volviera á aparecer, pero felizmente no ha sido así. Ese panteon estuvo de moda durante muchos años, allí eran enterrados los vecinos mas notables, en su centro se elevaba una bonita capilla que aun se conserva en pié; los pilares situados frente á la puerta principal, tenían esculpidos los caracteres y signos de la muerte: canillas, calaveras, esqueletos y tambien signos de la iglesia, como tiaras, cruces hisopos y otros, todo lo cual impresionaba mucho al penetrar en aquel recinto de la muerte.

El panteon de Santa Paula estaba rodeado de altas tapias y de una ancha acera, sobre la cual habia un puente de madera que servía para la entrada; al penetrar seguía una calzada enlosada con balaustrados de mampostería á uno y otro lado, con hileras de naranjos, rosales, mirasoles, jazmines y violetas, y en el fondo aparecía la capilla mortuoria. Al rededor del cementerio habia una extensa galería en cuyo fondo estaban los nichos de los muertos, cada uno cubierto con una lá-

pida de mármol ó metal, en que estaban escritos epitafios y poesías con letras de oro, plata y esmalte. Allí durmieron silenciosamente por largo tiempo varias generaciones, reunidas, agrupadas, convertidas en polvo.

Entre los sepulcros notables se desprendía un catafalco gótico con sus ventanas ojivas, con agujetas delgadas y primorosas; otro monumento notable fué el que se levantó para guardar la pierna que el Gral. Santa-Anna perdió en las calles de Veracruz, combatiendo á los franceses, resto que fué extraído en el siguiente año cuando la revolucion sopló en sentido contrario á la fortuna de aquel general; una columna blanca y esbelta se levantaba sobre el sepulcro.

El panteon de Santa Paula, por su ubicacion, constituía para los vecinos de la capital un amago y un peligro para la salubridad pública; las emanaciones constantes, principalmente del rumbo del Norte, envenenaban el aire que siendo el reinante en México, sin duda causaban males de trascendencia. El terreno del cementerio de Santa Paula, con el trascurso del tiempo, con la inmensa cantidad de cadáveres allí sepultados y con la costumbre de poner cal y cisco en los ataúdes, se habia trasformado en un mixto muy poroso y los miasmas se escapaban libremente al traves de la tierra infecta y húmeda, volviendo corrupto el aire que bañaba á la capital; el panteon habia sido clausurado varias veces, aunque de hecho continuó sirviendo durante muchos años; pero en 1871 se mandó que fuera definitiva la clausura, y que los panteones quedaran solamente al Sur, cerrándose tambien entónces el de los Angeles.

Desde esa época quedó para siempre abolido en el Distrito Federal el sistema de nichos en los cementerios y panteones, porque la ciencia demostró que los gases que se desprenden de los cadáveres en los nichos no sufren la alteracion que los de sepultados en la tierra, sino que, escapándose por los intersticios se mezclan con el aire ó por la ley de capilaridad traspasan los líquidos en los materiales con que se construyen los nichos. Los existentes no fueron destruidos desde luego, sino que se resolvió esperar por lo ménos cinco años, tiempo que fué aun mayor para el de Santa Paula.

Ese panteon que se quiso fuese un adorno de la capital, llegó á ser una obra ruinosa, incompleta; no se notaba allí vigilancia ni cuidado, creciendo la yerba en el suelo como en inculto campo; tenia un aspecto de repugnante desolacion, desconsolador y repulsivo; la fachada, aunque ménos vulgar, daba á una calle súa, atravesada con una zanja de aguas corrompidas y verdosas. Tal era nuestro panteon principal hasta hace pocos años, y ya hoy no quedan mas que escombros, ruinas sobre las cuales van á levantarse edificios y á pasar una calle que ya se está abriendo.

*

El sistema de las gabetas ó nichos para sepultar los cadáveres, fué completamente ignorado por nuestros antepasados los indígenas. Los panteones fueron

obra del cristianismo en esta tierra. Los emperadores chichimecas tenian la costumbre de que el cadáver estuviera por cinco dias sentado en una silla, tiempo que se consideraba suficiente para que se reunieran los deudos, vasallos y amigos, poníanle las vestiduras reales y cubriendo su cuello con joyas de oro y piedras preciosas, lo volvian á colocar sobre otro asiento de plumas de varios colores y ricamente adornado, poniéndole incienso, olores, perfumes y bálsamos, quemaban el cadáver hasta que se consumia y guardaban las cenizas en un pequeño cofre de piedra, muy bien labrado, con una inscripcion en que se leía el nombre, hechos, coronacion, edad y muerte del monarca; estos restos eran puestos sobre una elevada tumba que se levantaba en una de las principales salas; allí lo mantenian cuarenta dias para que fuera públicamente venerado y el triste objeto del llanto y dolor de los vasallos. Concluida esta ceremonia encerraban el cofre en una cueva ó panteon subterráneo; así quiso ser enterrado el gran chichimeca Xolotl y sus descendientes Nopaltzin, Tlotzin y otros.

Á imitacion de los chichimecas establecieron los príncipes mexicanos la costumbre de ser incinerados, aunque sin la pompa y riqueza, fabricandó su sepulcro en el mismo palacio, dentro de una bóveda edificada para solo este fin; así fueron sepultados Acamapich, primer rey de México, Huitzilihuitl y otros, hasta que el soberbio Ihuilcamina, primer emperador, mandó que se labrara una caja de oro tachonada con piedras preciosas, y un magnífico panteon para depositar sus frios restos, no queriendo que se quemara su cadáver; determinó que en el dia de su entierro fueran sacrificados á sus dioses muchos cautivos, creyendo que por este cruel sufragio iria su alma á descansar en un regazo inmortal de las deidades. Este ejemplo fué imitado por sus descendientes, sacrificando en la muerte las vidas de muchos infelices; los indígenas que pertenecian al vulgo eran enterrados ó quemados indistintamente.

En los entierros vulgares se procedia de esta manera: apénas moria alguno, llamaban desde luego á ciertos ancianos que hacian de maestros de ceremonias en los entierros; vestian éstos al ditunto con lienzos y poníanle cerca un jarro de agua para que hiciera la jornada; amortajábanlo segun su calidad y hacian otras ceremonias supersticiosas; quemaban la ropa del difunto y mataban un perrillo sobre el cual habian de pasar á nado *nueve aguas*. En seguida quemaban los dos cadáveres ó los enterraban sin quemar, segun la muerte que el amo habia tenido. Dos ancianos atizaban el fuego y otros dos cantaban; la ceniza y carbones que habian quedado, los enterraban en un hoyo hondo, redondo, dentro de una vasija de barro en la que ponian una piedra de valor, la que decian ser el corazon del difunto; diariamente ofrecian comida los deudos sobre la tumba. En el entierro de los nobles se usaba llevar un pendon de papel de maguey, engalanado con ricas plumas.